

EL FINAL Y LA INCERTIDUMBRE

Hace tiempo que es posible surcar los *muchos mundos* de Everett. La existencia es un telar de miles y miles de caminos que parten de la misma encrucijada desde miles de direcciones distintas cada vez. Cada momento en la vida, cada historia, es sólo una posibilidad en un vasto mundo de infinitos eslabones diferentes, infinitamente próximos. En muchas – infinitas- de mis vidas es seguro que ya he muerto; y en otras tantas he resucitado una, dos veces...Quién sabe cuántas.

Innumerables recodos separados por un velo casi inexistente que, según sabemos desde los Primeros Tránsitos Cuánticos, rezuma de forma copiosa a través de sus poros. Historias de otros mundos se filtran continuamente. A veces son imposibles y, otras, tan rutinarias e inocuas que resultan imperceptibles. El vasto número de ramificaciones posibles hace que el más imposible de los milagros y la leve y natural cadencia de una mota de polvo bailando al trasluz de la ventana se cuelen casi con igual probabilidad.

La vida en la Oscuridad Cuántica era tranquila: ocuparse de la propia existencia y la del mundo, de las facturas y los sueños. Ahora cada segundo de cada ser humano es una constante imprecisión. La materialización exacta del miedo ante la duda.

La consciencia ha dejado de tener sentido, y la causalidad -enhiesto baluarte de la ciencia del Siglo Oscuro- se ha convertido en una curiosa excepción de ignoto mecanismo. El bien y el mal, la razón, la esperanza... Todo ha sido corrompido por la arbitrariedad y el temor infame que emana de la posibilidad y su certeza. La sospecha ha acabado con el mundo que la sostiene. Los hombres, que nunca fueron firmes, son ahora débiles sin excepción y vagan por la Tierra muertos en vida.

Siempre creímos en un final. El final fue la única verdad.